García Lorca, un agosto más

Francisco Javier Díez de Revenga

Al cumplirse en estos días de agosto un año más el aniversario del asesinato de García Lorca el 18 de agosto de 1936, el recuerdo del poeta surge en cualquiera de sus libros. La Real Academia Española ha publicado recientemente una edición del *Romancero gitano*. Se trata de la reproducción facsimilar del ejemplar del *Romancero* que Federico dedicó a Dámaso Alonso en 1928, cuando el poemario de Lorca fue publicado por primera vez en las ediciones de la *Revista de Occidente* que dirigía José Ortega y Gasset. Esta edición, dedicada a Dámaso, reproduce fielmente la cubierta original con un expresivo dibujo del poeta con un no menos atractivo jarrón con flores.

Pero lo interesante es desde luego lo que el interior del libro muestra. Por ejemplo, la dedicatoria autógrafa del poeta: «A mi querido Dámaso con un abrazo de Federico. 1928. Residencia. Madrid»; y en la página siguiente la firma de Dámaso que indicaba la propiedad del libro. Hoy todos los libros del gran filólogo se custodian en la Real Academia Española, que ha sido la acertadísima editora de este facsímil. También podemos advertir algo que pocas veces se ha señalado: la vacilación a la hora de titular el libro, ya que, si en la cubierta exterior aparece titulado *Romancero gitano por Federico García Lorca 1924 1927*, en la ante-cubierta interior y en la portada interior el libro se denominará *Primer romancero gitano (1924-1927)*. Vacilación que nunca se ha explicado, aunque lo cierto es que el poemario pasará a la historia con la denominación ya mítica de *Romancero gitano*.

Releyendo los romances y sus dedicatorias el lector volverá a encontrar a dos murcianos de prestigio: el creador de la revista *Verso y Prosa* Juan Guerrero (1893-1955), «Cónsul general de la poesía», como lo denominó el poeta al dedicarle el *Romance de la Guardia Civil Española*; y el doctor Rafael Méndez (1906-1991), médico farmacólogo lorquino, discípulo de Juan Negrín, catedrático en Sevilla, Harvard, Chicago y México, compañero suyo de la Residencia de Estudiantes, a quien dedica *Reyerta*.

Lo cierto es que en esta o en cualquier otra edición consagra *Romancero gitano* un mundo completamente nuevo en la poesía española, que refleja una imagen muy original del pueblo andaluz y del pueblo español. Lorca se ha aproximado a un sector de su pueblo y ha concebido tragedias e historias, canciones y ritmos, y como un poeta simbolista ha trazado con fuerza multitud de símbolos nuevos que han enriquecido su expresión poética con la intensidad de una metáfora sólidamente trazada, capaz de trasformar los objetos en

asociaciones llenas de novedad, que el poeta asume en un gesto entre vanguardista y neogongorino. Pero lo más importante es, en definitiva, que García Lorca consigue ante todo un conjunto armónico, una especie de retablo múltiple y variado en el que la vida de sus personajes y su mundo se multiplican y complican en situaciones, heroínas, héroes y villanos, mitos y leyendas, para finalmente obtener una visión directa y cruda de una realidad trasformada por la fuerza de su palabra poética.

Romancero gitano sigue mostrando su atractivo como obra literaria que aún guarda muchos secretos, enigmáticas relaciones que han puesto en conexión lo popular con lo culto, lo tradicional con lo innovador, lo lírico con lo épico y lo dramático, lo narrativo con lo poético, lo mágico con lo sublime y con lo enigmático. Figuras e historias de una España, que trascienden de su tiempo, para venir a representar el símbolo de una gran tragedia nacional, colectiva, en la que las fuerzas eternas de la vida, de la muerte y del amor, de la violencia y de la frustración, ejercen una vez más su poderoso imperio. Con esa capacidad que siempre le distinguió, para captar lo entrañablemente humano, y lo lírico y lo épico de la existencia, Lorca consagró en su obra el convencimiento de que su literatura era capaz de expresar aquello que la historia y la tradición popular le habían legado.

Federico rechazó muy pronto la fama inmediata de folklorismo superficial que atribuyeron a su mítica interpretación de aquella Andalucía. Se hartó de la popularidad que se le atribuía como creador agitanado, cantor de las tradiciones populares, más o menos pintorescas, vinculadas a los gitanos y al cante jondo, por lo que decidió romper con tan frívolo encasillamiento. Por fortuna, enseguida buscó nuevos caminos para su creación artística, y los halló cuando descubrió, ya en América, a partir de 1929, un nuevo mundo que cristalizó en su obra maestra: *Poeta en Nueva York*. La soledad, el amor, la angustia, el deseo, el dolor y la muerte conocieron entonces una nueva y aún más trágica interpretación.